

pezar con un palo que se agitase enmedio de ellas. Posáronse en tierra á alguna distancia de nosotros, y entonces nos parecieron más numerosas que las hojas de los campos; perdió la superficie del suelo su tinte verde, y se puso rojiza; apenas se posaron comenzaron á arrojarse á un lado y otro en todas direcciones. Las langostas son una plaga bastante común en este país; ya durante la estación corriente habían venido del Sur varias nubes más pequeñas, en cuyo punto parece que se propagan en los desiertos. Los pobres habitantes tratan en vano de desviar el ataque encendiendo hogueras, gritando y agitando ramas. Esta especie de langosta se parece mucho al *Gryllus migratorius* de Oriente, y quizá sea el mismo.

Atravesamos el Luxán, río de importancia, aunque no se conozca sino imperfectamente su curso hasta la costa; pues se ignora si al cabo desaparece por evaporación al atravesar las llanuras. Pasamos la noche en Luxán, villa rodeada de jardines y límite meridional de las tierras cultivadas en la provincia de Mendoza. Durante esta noche tengo que sostener una lucha, y no es exageración, contra una *benchuca*, especie de *Reduvio*, la gran chinche negra de las Pampas. ¡Qué disgusto se experimenta al sentir un insecto blando, que tiene cerca de una pulgada de largo, corretear por nuestro cuerpo! Antes de chupar es el animal enteramente plano; pero á medida que absorbe la sangre, se redondea, y en este estado se le estruja con mucha facilidad. Una de esas chinches que cogí yo en Iquique, pues también las hay en Chile y en el Perú, estaba por completo vacía. Colocado sobre una mesa y rodeado de gente este audaz insecto, si se le presenta el dedo, se lanza inmediatamente, y como se le deje, comienza á chupar. La picadura no causa dolor; es

muy curioso ver su cuerpo henchirse de sangre; en menos de diez minutos, de plano que era se cambia en redondo. Esta comida, que uno de los oficiales del buque tuvo la bondad de ofrecerle á la *benchuca*, le permitió conservar una excelente salud durante cuatro meses enteros; pero á los quince días estaba ya dispuesta para haber hecho una segunda comida.

27 de Marzo. — Nos dirigimos á Mendoza, atravesando un país muy bien cultivado, y que se parece á Chile. Este país es célebre por sus frutas, y en realidad son admirables sus viñas y los bosques de higueras, albrichigos y olivos. Por un sueldo (cinco céntimos) compramos melones de agua de doble del tamaño de la cabeza de un hombre, muy frescos y con un aroma delicioso; por 15 céntimos se tiene una cesta de abridores. La parte cultivada de esta provincia no es extensa; sólo comprende la región que se extiende desde Luxán hasta la capital. Lo mismo que en Chile, debe su fertilidad el suelo al riego artificial; sorprendiendo ver hasta donde alcanzan los beneficios producidos por él, en un terreno naturalmente árido.

El siguiente día lo pasamos en Mendoza. Mucho ha disminuido la prosperidad de esta población durante los últimos años. Dicen los naturales que es una ciudad excelente para vivir, pero muy mala para enriquecerse. En las clases inferiores se encuentran las maneras indolentes é inquietas de los gauchos de las Pampas; costumbres y trajes son, por lo demás, casi idénticos. En mi concepto tiene esta ciudad un aspecto triste y desagradable. Ni su famosa *alameda*, ni el paisaje que la rodea pueden compararse á lo que se ve en Santiago; pero comprendo muy bien que sus jardines y sus huertas parezcan admirables á cualquiera que viniendo de Buenos Aires acabe de atra-

vesar las monótonas Pampas. Sir F. Head dice, hablando de los habitantes: «Comen, y después hace tanto calor, que se van á acostar y á dormir; ¿qué podrían hacer que fuera mejor?» Soy de la misma opinión de Sir F. Head: la suerte feliz de los mendocinos es holgar, comer y dormir.

29 de Marzo.—Nos ponemos en camino para regresar á Chile por el paso de Uspallata situado al Norte de Mendoza. Tenemos que atravesar primero quince leguas de una región estéril. En algunos puntos está el suelo desnudo en absoluto; en otros lo cubren innumerables cactus enanos armados de espinas formidables á las que los naturales llaman *pequeños leones*. También se ven algunos espinos raquíuticos. Aunque esta planta se halla á cerca de 3.000 pies sobre el nivel del mar el sol es excesivamente caluroso; la temperatura asfixiante y nubes de polvo impalpable hacen el viaje extraordinariamente fatigoso. Poco á poco se aproxima el camino á la Cordillera, y antes de ponerse el sol, penetramos en uno de los anchos valles, ó mejor dicho, bahías que se abren en el llano; poco á poco se transforma también el valle en estrecha cañada en la cual se encuentra la villa Vicencio (Villavicencio). Habíamos viajado todo el día sin encontrar una sola gota de agua, por lo cual nos hallábamos tan alterados como los mismos mulos. Con gran atención, pues, observamos el arroyo que corre por este valle. Es curioso ver cómo aparece el agua gradualmente: en el llano estaba el lecho del arroyo seco en absoluto y poco á poco se va notando más húmedo; después se ven charquitos, cada vez más próximos hasta que acaban por reunirse y en Villavicencio nos encontramos ya en presencia de un precioso arroyuelo.

30 de Marzo.—Todos los viajeros que han atravesado los Andes han hablado de esta choza aislada que lleva el imponente nombre de Villavicencio. Paso dos días en este punto con objeto de visifir algunas minas próximas. La geología de esta región es muy curiosa. La cadena de Uspallata está separada de la cordillera principal por un largo llano, estrecho, depresión semejante á las que he observado en Chile; pero esta depresión es más elevada, porque se halla á 6.000 pies sobre el nivel del mar. Esta cadena, en relación á la Cordillera, ocupa casi la misma posición geográfica que la cadena gigantesca del Portillo, pero tiene un origen muy diferente. Se compone de diversas especies de lavas submarinas, alternando con gres volcánicos y otros depósitos sedimentarios notables; el total se parece mucho á algunas de las capas terciarias de las costas del Pacífico. Esta semejanza me hizo pensar que debería hallar maderas petrificadas, características de estas formaciones; y pronto adquiri la prueba de que no me había equivocado. En la parte central de la cadena, á una altura de 7.000 pies, observé en una vertiente denudada, algunas columnas tan blancas como la nieve. Eran árboles petrificados; once se hallaban convertidos en sílice y otros treinta ó cuarenta en espato calizo groseramente cristalizado. Todas estaban partidas casi á la misma altura y se elevaban algunos pies sobre el suelo. Los troncos de estos árboles tenían cada uno de tres á cinco pies de circunferencia, y se encontraban á pequeña distancia unos de otros, formando un sólo grupo. M. Robert Brown ha tenido la amabilidad de examinar esas maderas y cree que pertenecen á la tribu de los pinos; tienen los caracteres de la familia de la *Araucarias*, pero con ciertos puntos especiales de afinidad con el

tejo. El gres volcánico en que se hallaban sumergidos estos árboles y en cuya parte inferior han debido crecer se ha acumulado en capas sucesivas alrededor de su tronco, y todavía conserva la piedra la impresión ó huella de la corteza.

No se necesitan grandes conocimientos de geología para comprender los hechos maravillosos que indica esta escena, y, sin embargo, lo confieso, sentí al principio tal sorpresa que no quería creer en las pruebas más evidentes. Me encontraba en un lugar en que en otro tiempo un grupo de árboles hermosos había extendido sus ramas sobre las costas del Atlántico, cuando este océano, rechazado hoy á 700 millas de distancia (1.126 kilómetros) venía á bañar el pie de los Andes. Estos árboles habían crecido en un terreno volcánico levantado sobre el nivel del mar, y después esta tierra con los árboles que llevaba se había hundido en las profundidades del océano. En esas profundidades la tierra, otras veces seca, había sido recubierta por depósitos de sedimento, y estos, á su vez, luego por enormes avenidas de lavas submarinas; una de estas tiene un millar de pies de espesor; tales diluvios de piedra en fusión y los depósitos acuosos se habían reproducido cinco veces consecutivas. El océano que tañ colosales masas había tragado, debía ser muy profundo; después habían ejercido de nuevo su potencia las fuerzas subterráneas, y yo veía ahora el lecho de ese océano formando una cadena de más de 7.000 pies de altura. Aparte de esto, las fuerzas, siempre activas, que á diario modifican la superficie de la tierra, habían ejercido también su imperio; porque esos inmensos acúmulos de capas se hallan ahora cortados por valles profundos, y los árboles petrificados salen hoy transformados en roca, donde antes levanta-

taban su admirable copa verde. Ahora todo está desierto en este sitio; los mismos líquenes no pueden adherirse á estas petrificaciones que representan árboles antiguos. Por inmensos, por incomprensibles que parezcan estos cambios, todos se han producido, sin embargo, en un período reciente comparado con la historia de la Cordillera, y ésta es también muy moderna comparada con muchas capas fosilíferas de Europa y de América.

*1.º de Abril.*—Atravesamos la cadena de Uspallata y pasamos la noche en la Aduana, único punto habitado del llano. Un poco antes de dejar las montañas, disfrutamos de un golpe de vista extraordinario; rocas de sedimento rojas, purpúreas, verdes y otras completamente blancas, alternando con lavas negras, rotas y arrojadas con el mayor desorden entre masas de pórfido que afectan todos los matices, desde el pardo obscuro hasta el lila claro. Es la primera vez que se me presenta un espectáculo que me recuerda esos preciosos cortes que hacen los geólogos cuando quieren representar el interior de la tierra.

Al día siguiente atravesamos el llano siguiendo el cauce del torrente que corre cerca del Luxán. Aquí es un torrente furioso imposible de cruzar y que parece mucho más ancho que en el llano. Al otro día por la tarde llegamos á la orilla del río de Las Vacas que se considera como el torrente de la Cordillera más difícil de atravesar. Como son muy rápidos y muy cortos estos torrentes y formados por la fusión de las nieves, la hora del día ejerce mucha influencia sobre su volumen. Por la tarde están lodosos é impetuosos, pero al apuntar el día disminuye el agua en cantidad y está mucho más clara. Así sucede con el río Vacas que pasamos al rayar el día sin gran dificultad.

Hasta ahora el paisaje es muy poco interesante, comparado con el del Portillo. Apenas si puede verse otra cosa que los dos muros pelados del gran valle de fondo llano que sigue el camino hasta la cresta más alta. El valle y las inmensas montañas rocosas que lo rodean son completamente estériles; desde hace dos días no han tenido nuestros pobres mulos nada que comer, pues á excepción de algunos arbustos resinosos no se ve una sola planta. Durante el día atravesamos algunos de los desfiladeros más peligrosos de la Cordillera, y creemos que se exageran mucho los riesgos que presentan. Me habían dicho que si trataba de pasarlos á pie tendría con seguridad vértigo, y que tampoco había sitio para bajarse del caballo; pues bien, no he visto ningún sitio tan estrecho que fuera imposible ir hacia adelante y hacia atrás, y donde no fuera fácil apearse de la mula por un lado ó por otro. He atravesado uno de los pasos más malos, llamado de *las Animas*, y hasta el día siguiente no he sabido que presentaba terribles peligros. Indudable es que en muchos puntos, si cayese la mula el caballero se vería arrojado á un horrible precipicio, pero esto no es muy de temer. Sucede también, que, en la primavera, las *laderas* ó caminos formados de nuevo cada año por las pilas de detritus caídos durante el invierno son muy malas, pero, por lo que yo he visto, en ninguna parte se corre un peligro real. Muy distinto es el caso para los mulos que llevan mercancías, porque la carga ocupa tal espacio que los animales, sea chocando unos contra otros, sea enganchándose en algún saliente de la roca pueden perder el equilibrio y caer en los precipicios. En verano también constituirán obstáculos casi insuperables los torrentes, pero á principios del invierno, estación durante la cual me encontraba

en aquellas regiones, no hay ningún peligro. Me doy clara cuenta, por lo demás, como dice Sir F. Head, de las expresiones diferentes que emplean los que *han* pasado y los que *están á punto* de intentar el paso; pero, en fin, yo no he oído decir que ningún hombre se haya precipitado, aunque pase con frecuencia con los mulos cargados. El arriero aconseja que se le enseñe el mejor camino á la mula que se monta, pero que se la deje hacer lo que le parezca; la mula cargada escoge, por lo común, el peor punto y se pierde.

*4 de Abril.*—Media jornada de marcha hay del río de Las Vacas al puente de los Incas. En este punto hicimos rancho porque hay pastos para los mulos y porque es muy interesante la geología de esta región. Cuando se oye hablar de un puente natural, se imagina una quebrada profunda y estrecha á través de la cual ha venido á caer una roca inmensa, ó una gran bóveda tallada como la entrada de una caverna. En lugar de esto, el puente de los Incas consiste en una costra de guijarros estratificados, cimentados por los depósitos de manantiales de agua caliente que brotaban en las inmediaciones. Parece que el torrente se hubiese tallado un canal hacia un lado, dejando detrás de sí una parte que se desplomaba, parte que han unido al borde opuesto las tierras y las piedras en su constante desplome. Sin esfuerzo se distingue en este puente una unión oblicua tal como debe producirse en el caso citado. En resumen, el puente de los Incas no es en modo alguno digno de los grandes monarcas cuyo nombre lleva.

*5 de Abril.*—Hacemos una larga etapa á través de la cadena central, desde el puente de los Incas hasta *Ojos del Agua*, situado cerca de la última *casucha* del lado de Chile. Estas *casuchas* son torrecillas redondas

con escalones que conducen á una sala interior algo elevada sobre el piso para defenderse de las nieves. Hay ocho en el camino, y durante el dominio español se tenía cuidado de conservar todo el invierno alimentos y carbón. Cada correo llevaba una llave para poder entrar. Hoy ya no son más que prisiones miserables; situadas en pequeñas eminencias apenas se distinguen de la escena de desolación que las rodea. La subida en zig-zag á la *Cumbre* ó línea divisoria de las aguas es larga y fatigosa; pues, según M. Pentland, la cresta de la montaña tiene una altitud de 12.454 pies (3.736 metros). El camino no pasa por nieves perpetuas, aun cuando las he visto desde él. En el vértice es el viento excesivamente frío: pero, á pesar de ello, es imposible dejar de detenerse algunos minutos para admirar el color del cielo y la pureza de la atmósfera. La vista es admirable: al Oeste se domina un magnífico caos de montañas separadas por desfiladeros profundísimos. De ordinario nieva antes de esta época del año y hasta resulta impracticable el camino en esta estación; pero hemos tenido buena fortuna; ni de día ni de noche se ha presentado una sola nube en el cielo, á excepción de pequeñas masas de vapores que rodean los picos más elevados. Con mucha frecuencia observo en el cielo esos islótitos que indican la posición de la Cordillera allí donde la distancia es tan grande que las mismas montañas se ocultan bajo el horizonte.

*6 de Abril.*—Observamos al despertar que un ladrón se ha llevado una de nuestras mulas y la campanilla de la madrina. No recorreremos más que dos ó tres millas por el valle y pasamos un día entero con la esperanza de recuperarla, que estará oculta en alguna quebrada, según el arriero. El paisaje ha tomado el as-

pecto chileno; en verdad, es más agradable ver la base de las montañas adornada con el *quillay*, árbol de hojas persistentes de color verde pálido, y del gran cactus en forma de cirio, que encontrarse en los desolados valles de la vertiente oriental; pero yo no participo de la admiración de muchos viajeros. Lo que sobre todo agrada, creo, es la esperanza de un buen fuego y una buena comida, después del frío que acaba de pasarse atravesando la montaña; esto es en lo que yo estoy en un todo conforme.

*8 de Abril.*—Dejamos el valle de Aconcagua, por el cual hemos bajado, y por la tarde llegamos á una quinta cerca de la villa de Santa Rosa. ¡Qué admirable fertilidad en esta llanura! Avanza el otoño y todos los árboles frutales se desprenden de sus hojas; los campesinos se ocupan en secar los duraznos y los higos en los techos de sus quintas; otros hacen la vendimia, todo lo cual forma muy alegres cuadros; pero falta esa tranquilidad que en Inglaterra hace realmente del otoño la tarde del año.

Por la tarde llegamos á Santiago, donde me recibe M. Caldcleugh con su afabilidad acostumbrada. Mi excursión ha durado veinticuatro días y no tengo idea de espacio de tiempo análogo que más y mejores recuerdos me haya dejado. Pocos días después regreso con M. Corfield á Valparaíso.